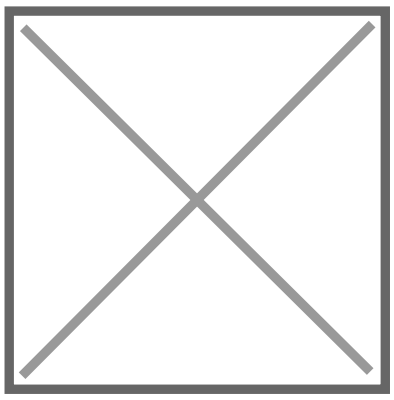

Troyat o los almaceneros de la cultura

HENRY TROYAT
Más vale novelar novelistas

LIBROS

Henry Troyat: Tolstoi (*Emecé, Buenos Aires, 3 tomos*).

Cada uno de los tomos de esta "autobiografía de León Tolstoi escrita por Henry Troyat" está apuntalado por subtítulos. El primer volumen: *Juventud, viajes y amores*; el segundo: *El crecimiento de la angustia*; el tercero: *El Apóstol de la no violencia*. Urdido y publicitado como una biografía novelada, el estudio es también un ejercicio de estilo —del pobre estilo de Troyat, si se quiere, de su irrelevante mediocridad para narrar algunas situaciones, de su imposibilidad de ingresar a las épocas sin contar con otras armas que una rara introspección que lo hace imaginar los pensamientos de todos los protagonistas, seguir las peripecias del conde Tolstoi como si se tratara de un héroe de la ficción, apuntar hermosas frases cada tanto. De cualquier manera, ese vicio —el de hacer de la objetividad de sus informaciones material para pseudonovelas que buscan el gran público— es ya casi una virtud: la vuelta de tuerca mediante la cual Troyat existe.

Henry Troyat nació en Moscú en 1911; después de la revolución rusa, más exactamente en 1920, su familia emigró a Francia. Allí Troyat estudió y obtuvo su naturalización; obtuvo, también un puesto de redactor en la prefectura del Sena. Su primera novela, *Faux Jour*, le deparó, en 1935, el premio de la *Roman Populiste*, designación que, paradojalmente, le marcó un destino, lo señaló como autor para lectores numerosos, lo enredó en las complicadas tramas de una literatura mayoritaria que no siempre —mejor dicho: por lo general— deja de consentir facilidades, deja de hacer concesiones a una idea preconcebida del público, alimentado a golpes de publicidad, mantenido a tiro por la inofensividad de los libros que consume.

Las promesas que significaban esa novela de Troyat parecieron ratificarse al año siguiente, con *Grandeur Nature*. Sin duda Troyat había tomado un tema excepcional cuando decidió narrar la tragedia de un actor que ve a su hijo, de doce años, interpretar el rol de Jack en una adaptación filmada de la novela de Alphonse Daudet, beneficiario por unas semanas de una gloria que su padre había perseguido en vano durante su mediocre carrera. El relato de Troyat —según los críticos franceses— tenía una virtud: sin caer en la sensiblería, continuaba siendo profundamente humano aun en los pasajes más crueles. Se sucedieron, después, *Le Vivier*, *Le Chef de Voute* y *L'Arcipne*; esta última coronada en 1938 por la academia Goncourt. El tema central de estas novelas era casi una obsesión: se dejaba invadir por el placer de estudiar minuciosamente a los personajes más anormales, a monstruos de maldad y rencor. Su propósito era más o menos obvio; se trataba —cosa difícil, por esos días— de rivalizar y superar a François Mauriac y Julien Green.

Algo debe haber pasado en esa lucha, porque después de eso, Troyat se volvió hacia la biografía. Desde julio de 1938 a julio de 1939 compuso un Dostoyevsky. Troyat tuvo muchas razones para elegir este tema; una de las más importantes, tal vez, aquella redactada por él mismo en el prólogo a la obra, publicada por primera vez en 1940: allí remarcaba que Dostoyevsky "nos parece haber organizado su existencia en el estilo de sus novelas, hasta haber hecho de su vida la más apasionante de ellas". Después de haber vivido un año con ese gran novelista, el novelista Troyat declaraba: "Su historia es tan rica en desesperaciones espectaculares, tan rica en alegrías milagrosas, que uno no estaría tentado de novelarla sino de vivirla, de continuarla. Se había sometido a una disciplina muy estricta, no permitiéndose la menor inexactitud literaria ni el menor embellecimiento; idea, disciplina, que tal vez pudiera comenzar a revertirse a partir de su extenso trabajo sobre Tolstoi donde cabalga entre la multitud de su información y la multitud de su imaginación algo crepuscular, enamorada de los paisajes rusos que fueron, también, algunas veces, los paisajes de su infancia y justifican —hacen posible— ese retorno permanente de Troyat a los escritores rusos. Porque después de 1940, llega 1946 con un monumental Puschkin, y en 1952 la obra sobre el más desconocido, el escritor menos amigo que conocieran los franceses: Lermontov. A esa altura de los acontecimientos Henry Troyat se había convertido, ya, en una especie de monstruo de utilidad; críticos y público franceses comenzaban a valorar su obra, que le permitía el conocimiento de algunos territorios desconocidos, Puschkin y Lermontov comenzaban a aparearse —en publicidad— a Shelley o Lord Byron.

Para esa altura, además del reconocimiento popular, Troyat iba a conquistar el premio Príncipe Rainiero III de Mónaco, por la totalidad de su obra; ésta seguía en marcha, estaba arrojando incontables novelas que —a pesar de todo— eran borradas por su obra *Sanin Russia*, cuyo costado más importante está en los estudios que dedica a Puschkin, Dostoyevsky, Lermontov, Tolstoi, Gogol y Chéjov. Troyat podría seguir escribiendo sus novelas; ya fue consumido por un destino distinto —quizá tan deleznable o tan glorioso como el de plasmar ficciones—: el de ser un intermediario de la cultura, un almacenero de productos que otros estuvieron destinados a crear. ■

Buenos Aires, Año IV, N° 174.

7661

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Troyat o los almaceneros de la cultura. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile